



CATALINA LASCANO
AQUÍ ESTOY YO
HABLANDO TODO EL RATO

ROSA ICEBERG



Lascano, Catalina

Aquí estoy yo hablando todo el rato / Catalina Lascano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Rosa Iceberg, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48371-6-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.
CDD A863

Dirección editorial: Marina Yuszczuk

Diseño y maquetación: Matías Duarte

Foto de cubierta: Anita Bugni

© Catalina Lascano

© 2022, Rosa Iceberg

Rosa Iceberg, Buenos Aires, Argentina

rosaicebergeditora@gmail.com

ISBN 978-987-48371-6-5

Conversión a formato digital: Libresque

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso por escrito de la autora y/o editorial.

Catalina Lascano

Aquí estoy yo hablando todo el rato

ROSA ICEBERG

No hay muchas fotos de mi hermano de bebé. En las pocas que hay se ve un bebé gordo, grandote. Había nacido con casi cinco kilos y “parecía un chico de tres meses”, como decía siempre mi abuela. Sí las hay de él con dos y tres años; podrían ser las fotos de cualquier chico, excepto que no hay ninguna en la que se lo vea caminando o en triciclo, o aunque sea de pie. Siempre sentado, acostado o a upa de alguien. En una playa de Mar del Plata en 1981, no desentonaba tanto sentado entre mis primos mientras posaban todos para una foto: en traje de baño, con el pelo medio largo y despeinado por el viento, apenas encorvado y mirando hacia abajo, podría ser un chico más, que justo no miró a cámara en el instante indicado. El sol le pega fuerte en la cabeza y me doy cuenta de que tenía el pelo rubio, casi amarillo. Yo nunca tuve el pelo así, tan claro.

Hay una foto mía con él que es una de mis preferidas. Estamos en la playa, en España. Cuando la revelaron un sellado automático le imprimió en el dorso la fecha: septiembre del 84, aunque probablemente haya sido tomada en agosto. El lugar es Marbella, lo sé porque mi mamá contó este viaje en las grabaciones de los cassettes que les mandaba a mis abuelos en Argentina. En la foto estamos los dos sentados en la arena; yo tengo cuatro años

y él acaba de cumplir siete, aunque no parece haber mucha diferencia de edad entre nosotros, no se ve que sus piernas son más largas. Él tiene puesta una remera rayada y un shortcito amarillo con pintitas de colores y ribetes colorados; como está sentado de frente con las piernas un poco abiertas se ve, debajo del short, un pañal.

Yo tengo puesto un traje de baño-bombacha que se ata a los costados con una tira y unos moñitos, podría decirse que estoy haciendo topless. A mi mamá le parecía una estupidez que en Argentina las nenas usaran trajes de baño enteros, incómodos, y no bombachitas como en España, “si no tienen nada que taparse”, decía. Ella también empezó a hacer topless en la playa ese año. En la cabeza yo tengo puestos, a modo de vincha, unos anteojos de sol de plástico amarillo en forma de corazón. Mi pelo es más color dulce de leche, el de mi hermano oscureció y ya no es rubio. Lo que más me gusta de la foto es que con la mano izquierda yo le estoy levantando el mentón mientras lo miro y le sonrío, buscando que él mire a la cámara, y seguramente porque mi mamá me estaba diciendo “a ver, levántale la pera a Pipo para la foto”. Me gusta la delicadeza con que agarro su cara, con la palma abierta y los dedos separados, con cuidado. Imagino que fue un movimiento lento y amoroso.

Mi mamá siempre llevaba la cámara a todos los viajes que hacíamos por España y sacaba fotos para ella y para mandarles a la familia; están todas guardadas en distintos álbumes. Cada vez que venía alguien a visitarnos volvíamos

a los mismos pueblitos y paisajes pintorescos cerca de Madrid, y volvíamos a posar en los mismos lugares. Me gusta mirar la ropa que usábamos. La de mi mamá, sobre todo, coqueta y canchera en los ochenta. El buzo que se puso para mi cumple de cuatro años hoy lo uso yo. En varias fotos tengo puesta la misma ropa que tenía Pipo unas hojas y unos años atrás. En las fotos de su cumple de diez, mi hermano está sentado en el sillón del living junto a sus invitados, tres amiguitos míos que eran hijos de amigos de mi mamá. Él está mirando a cámara, aunque el truco está en que la persona detrás de cámara se dio cuenta de que, si se agachaba un poquito y sacaba la foto en un mínimo contrapicado, podía adaptarse a la altura de su mirada y hacerlo parecer un poco más normal. Parece más grande en esas fotos, como de doce. Se lo ve largo y flaco, con una melenita canchera y una camisa de manga corta con algunos botones abiertos, porque es agosto y hace calor. Tiene casi cara de adolescente, la mandíbula más marcada y las ojeras típicas de nuestro lado paterno. Podría decir que tiene un aire rebelde, una pinta de superado o aburrido o de estar esperando que terminen de sacar la foto para ir a encerrarse a su cuarto. Cuatro meses después, mi hermano murió.

En el cajón de un placar en el lavadero de la casa de mi mamá encontré un sobre con los papeles del ingreso de ella

al Ministerio; son de febrero de 1983. Había un original y dos fotocopias. También había una copia certificada de las partidas de nacimiento de mi hermano y mía, fotocopiadas varias veces. A la mía la conocía de memoria, pero nunca había visto la de mi hermano. No sabía que había nacido a las 17:15 ni que mis papás habían vivido en Juncal 1652. Tampoco me acordaba del nombre completo: se llamaba Esteban Alfredo. Lo llamaron como un bisabuelo y de segundo nombre eligieron el de mi tío abuelo, que aparece también en la partida de nacimiento porque fue el médico obstetra de mi mamá.

Vi también, por primera vez, su número de DNI, que empezaba con 25 millones. Los seis números restantes son muy fáciles de memorizar y lo primero que pensé fue que seguramente yo lo hubiera sabido de memoria y que nunca hubiera tenido que preguntárselo para hacer trámites o llenar formularios. Lo siguiente fue darme cuenta de lo inútil de ese pensamiento: de seguir vivo, Pipo no habría usado su DNI para anotarse en la facultad ni para sacar un pasaje ni abrir una cuenta de banco. Seguramente es el tipo de cosas que se podría imaginar mi mamá, que fantasea con cómo sería la vida de él hoy. Busqué online el padrón electoral y puse su documento: “No se ha encontrado ningún resultado con los datos ingresados”.

En mi partida aparece el mismo lugar de nacimiento que en la de él, el Instituto Argentino de Diagnóstico, pero el nombre del médico es otro. La dirección de mis papás es Avenida del Libertador 1080. En la casilla “interviniente”

dice “el padre la madre” pero abajo del formulario, justo encima de la firma de mi mamá, alguien agregó, con otra birome y otra letra, la aclaración “Testado: “el padre” no vale”.

Entre los papeles del sobre encontré el acta de matrimonio: Enrique Rodolfo, 26 años abogado soltero argentino, y María Inés, 22 años estudiante soltera argentina. También figuran los datos de mis cuatro abuelos: el padre de mi madre, militar, y el padre de mi padre, piloto civil. Ambas abuelas, sin profesión.

Mi mamá dejó la carrera de traductorado de inglés en segundo año, una vez me dijo que había elegido esa carrera para poder viajar. Durante un tiempo trabajó en una agencia de lotería en la calle Florida con su amiga Germana, pero antes de casarse renunció. Cuando hace unos años le pregunté por qué no había seguido trabajando, me contestó que mi papá decía que no era necesario que ella trabajara, que él podía mantenerlos a ambos.

Un año y medio después de que se casaran nació mi hermano, un bebé de cinco kilos al que habían tenido que sacar con fórceps y que a los seis meses dejó de alcanzar los hitos esperables de su desarrollo. Tres años después nací yo. Al año siguiente, después de que mi papá no apareciera durante dos días seguidos, mi mamá armó

nuestras valijas y nos fuimos a lo de mis abuelos, que vivían en el mismo edificio de la calle Cerrito.

Como no entrábamos todos en el departamento de Cerrito, a los pocos meses mis abuelos alquilaron un departamento más grande en un primer piso sobre la calle Juncal, a pocos metros de la plaza Vicente López. Ahí teníamos un cuarto propio para los tres. Mi mamá dormía en una cama de una plaza, yo en una cuna funcional, y mi hermano en la cama con ruedas que se sacaba de abajo. Nadie lo llamaba Esteban a mi hermano, sino Pipo. El nombre surgió por un perro de peluche que en la etiqueta decía Pi-pi, eso derivó en Pipito y luego mutó en Pipo, y por alguna razón le quedó como nombre.

Mi mamá tenía veintisiete años y necesitaba un trabajo con urgencia. A través del primo de un primo que era embajador, entró como empleada administrativa en la Cancillería. El Ministerio, así se le decía siempre en mi casa, quedaba a ocho cuadras de lo de mis abuelos, en el Palacio San Martín, frente a la plaza del mismo nombre. A mi mamá le consiguieron un lugar en la Dirección de Prensa, recibiendo teletipos con cables de información de agencias de noticias del exterior. Yo hoy trabajo en el mismo ministerio y en la misma área, haciendo lo mismo pero con otra tecnología. En la Cancillería los empleados están divididos en dos grupos: los diplomáticos y los administrativos. Como los diplomáticos, los administrativos también pueden salir destinados a otros países para trabajar en los consulados y embajadas argentinas por el

mundo. La dinámica es más o menos así: trabajo en Buenos Aires durante un tiempo, destino en el exterior de cuatro o cinco años, vuelta al país por dos, y nuevamente se es elegible para salir destinado a otro país. Hay muchos factores que pueden alterar los tiempos de destino y estadia en Buenos Aires pero, básicamente, ese es el funcionamiento.

Todas las mañanas, un rato antes de que mi mamá saliera para la oficina, mi abuelo me llevaba hasta el jardín de infantes que quedaba en el fondo de un pasaje sobre la calle Vicente López, un pasillo peatonal que se interna hasta la mitad de la manzana. Cuando mi mamá llegaba de trabajar a las cinco de la tarde yo la ignoraba, me escondía atrás de mi abuela y le decía: "Mamá, mamá, llegó María Inés". A mi abuelo le decía "papá", y mi mamá me corregía. Trato de acordarme de alguna escena con mi papá de esa época pero no tengo ningún recuerdo de él. Mi hermano, que en ese entonces tenía seis años, se pasaba la mayor parte del día en su cochecito, uno tipo paragüitas pero para niños grandes, que había comprado mi tío Alberto en un viaje a Londres. Era azul, de una lona sintética muy resistente, y en el respaldo, sobre una franja celeste y blanca, tenía cosido un rectángulo de tela con el logo de la marca, Maclaren. Ese fue el coche que usó toda su vida.

Pipo no caminaba, Pipo no hablaba. Si bien podía mantenerse sentado y erguido, no tenía mucho control sobre los músculos del cuello. Movía la cabeza de lado a lado, a veces me miraba pero no sabría decir si de verdad

me miraba o qué pasaba con esa mirada. Tenía los brazos constantemente flexionados, como los de mis Barbies. Mi mamá cada tanto le hacía hacer ejercicios y se los extendía, pero naturalmente tendían a la flexión. Los movimientos que hacía eran lindos, bastante armónicos dentro de toda esa ausencia espantosa de voluntad. Estaba todo el tiempo sentado y movía los brazos un poco para arriba y para abajo, o hacia los costados, levantando los puñitos cerrados con énfasis, como queriendo decir algo o participar o simplemente estar, interpreto yo también desde mis fantasías. ¿Serían movimientos voluntarios o reflejos del cuerpo, espasmos eléctricos? Qué sé yo. Me gustaría volver atrás en el tiempo y mirarlo, tratar de comunicarme, interpretar sus movimientos e ilusionarme con un posible registro de sus respuestas.

En mayo de 1983 cumplí tres años y los festejé con mis primos y amigos de la familia en el patio del departamento de Juncal; lo sé por la cantidad de fotos que hay de ese día. En las fotos también está Maia, mi abuela paterna. Poco después de mi cumpleaños, en el Ministerio se anunciaron las vacantes que se liberaban en las distintas embajadas y consulados. Entre todos los destinos disponibles ese año estaba la embajada argentina en Madrid. Poco antes de que yo naciera, mi mamá había viajado a Londres y a Roma, pero no conocía España. Supongo que el idioma y la

familiaridad de las costumbres la incentivaron, tanto como las promesas de futuras visitas de familiares y amigos. Llenó las solicitudes correspondientes y quedó anotada como candidata. En noviembre le salió el traslado. Una tarde me sentó arriba suyo en un sillón del living y me dijo que nos íbamos a ir a vivir a un país que quedaba muy, muy lejos. Íbamos a ir Pipo, ella y yo, y también iba a venir con nosotros su amiga Mercedes, que era hija de unos amigos de mis abuelos. Se habían hecho amigas poco tiempo después de que yo naciera. “Siempre nos decían que nos teníamos que conocer y nos hicimos muy amigas. Cuando los conoció a Pipo y a vos, se enamoró de ustedes”, me decía mi mamá. Yo le decía tía Yeyes. En España, me dijo mi mamá, íbamos a tener una casa nueva para nosotros cuatro, y mis abuelos y tíos iban a ir a visitarnos muy pronto.

Un día antes de nuestra partida, mi abuelo empezó una tradición que se mantuvo durante los casi seis años que estuvimos en el exterior. Aparte de escribirnos cartas, propuso que también grabáramos cassettes que pudiéramos mandarnos cada vez que alguien viajaba hacia y desde España. El primero de todos empezaba así: “Hoy es el día 26 de diciembre de 1983, noche anterior a la partida de María Inés con Pipo y Catalina hacia España, a Madrid. Voy a tratar de grabar una conversación mantenida con Catalina para tener un recuerdo de ella durante el tiempo que esté ausente de Buenos Aires. Este mismo sistema lo voy a usar más adelante enviándole algunas cartas en

cassette para que ella, así como escucha los otros cuentitos, escuche la voz de todos nosotros y los saludos que le mandamos, hasta tanto ella aprenda a leer y escribir bien”.

Los primeros días en Madrid los pasamos en un apart hotel de la calle Lagasca, un dos ambientes todo cubierto con una moquette marrón. Para mí eran elegantes las moquettes, podía andar descalza sin que se ensuciaran los pies. En el cuarto dormíamos mi mamá, Pipo y yo, y en el living dormía Mercedes en un sillón cama, rodeada de todas nuestras valijas. Habremos estado ahí dos semanas, o tal vez un mes. Mi mamá empezó a trabajar en el consulado enseguida.

A mi mamá le recomendaron que hasta después de Reyes no se molestara en buscar departamento porque casi todas las inmobiliarias estaban cerradas por vacaciones. En España el día de Reyes se festeja más que la llegada de Papá Noel, y todos los chicos ponen sus zapatos para recibir sus regalos. Los reyes son más exigentes en cuanto a la conducta exhibida durante el año y, si algún chico hace enojar mucho a sus padres, le dejan una bolsa de cebollas. Eso me decían a mí.

Esa primera semana fuimos a El Corte Inglés, una tienda por departamentos de más de cinco pisos, y me compraron un bebé enorme al que le puse de nombre Juan. El muñeco

tenía la cabeza y las extremidades de goma flexible, y el tronco era un rectángulo de algodón relleno de gomaespuma. El cuello de Juan era muy cortito y la cabeza muy pesada, y el pobre quedaba casi siempre cabizbajo, como Pipo. Hay una foto de ese día: Pipo está sentado en su coche, tiene puesto un suéter azul y una campera también azul, jeans y botitas marrones, y se le ven las medias, que son gruesas y grises. Yo estoy sentada en el apoyapies del coche, quepo en el espacio entre sus dos piernas. Tengo puesto un pantalón a rayas, unas botitas Kickers azules y una campera azul francia, y tengo en la cabeza una peluca de pelo corto marrón. En los brazos lo llevo a Juan y me estoy riendo, mirando a alguien que me habla fuera de cuadro desde la izquierda de la foto, seguramente Mercedes. Pipo mira para abajo y no se le ve la cara, solo su pelo castaño, que está bastante largo y se parece mucho a mi peluca.

Los álbumes de fotos que hoy reviso estuvieron siempre guardados en una biblioteca de madera oscura que mi mamá ponía en los livings de todas las casas en las que vivimos. Los primeros cassettes que recuperé los encontré en la casa de mis abuelos, guardados en cajones junto con facturas pagas de empresas de servicios públicas que ya no existen, como Segba y Obras Sanitarias, y viejas participaciones de casamiento de familiares y conocidos. “Me lo llevo”, le decía a mi abuela cada vez que en un cajón aparecía un cassette con la letra apurada de mi mamá en la etiqueta. Los que grababan en Buenos Aires y se mandaban

a Madrid los fui encontrando en la casa de mi mamá; tienen la caligrafía delicada, de trazo fino, de mi abuelo. En ninguna de las dos casas se tiraba nada. Ni papeles ni objetos. Ni boletas ni tarjetas. Todo lo que quedaba de mis bisabuelos, tíos abuelos y abuelas ya muertas estaba guardado en algún ropero, en alguna caja.

Mi mamá nunca tiró mis dibujos del jardín, ni sus cuadernos de la primaria, ni los talonarios de cheques del Banco Central de España, ni los sobres transparentes con negativos, ni los adornos rotos, ni los folletos de viaje, ni los recibos del service cuando se rompía un electrodoméstico, ni los cepillos con púas ausentes, ni nuestros pijamas o la silla de madera con la pata floja, ni la alfombra de baño de nuestra casa de Madrid, ni la de Washington, ni las servilletas que yo llevaba al comedor del colegio, ni la ropa vieja que le daba para que donara, ni los retazos de tela que compraba para los vestidos que no se mandaba a hacer, ni las carteras rotas, ni los zapatos viejos. Todo lo guardó. Todas sus casas, sus cajas, sus mudanzas.

Mi mamá también guardó a mi hermano. Desde que murió no se lo mencionó más. Lo único que dejó a la vista es un portarretrato plateado con su foto, que puso en los livings de todas las casas en las que vivimos. Empiezo a escribir, entonces, para registrar una obsesión: encontrar a mi hermano en un papel, en una receta amarillenta de un médico que lo vio hace cuarenta años, en alguna foto que todavía no vi. Busco registros de su existencia en todos los rincones. Me pregunto cuál es el límite de la intimidad del

otro, dónde está la línea que separa la propiedad del otro de las pertenencias conjuntas, de los recuerdos compartidos. ¿Tengo derecho a revisar, a apoderarme de piezas del pasado que otro se encargó de retener? ¿Cuáles son las reglas de la privacidad de los objetos? Llego a un acuerdo conmigo misma: todo lo que no esté bajo llave o en habitaciones privadas está librado al azar, a que cualquiera pueda encontrarlo. Todo está escondido y yo soy la única que busca.

La casa es grande, cada uno está en su espacio sin saber dónde están los demás. Hace más de quince años que no vivo en la casa familiar, pero conozco todos los rincones donde están guardados los años que pasaron. Tengo las llaves, y a veces tengo mucho tiempo. Ahora tengo esta misión.

Empecé durante los fines de semana, cuando la casa estaba vacía, algún fin de semana largo. Fui juntando cartas y papeles, notas escritas, que encontraba en cajones, en bolsas guardadas entre juguetes viejos, en cajas cerradas con cinta de embalar hace más de veinte años, entre las hojas de manuales de electrodomésticos que ya no tenemos. Resucité cartas y fotos olvidadas en bauleras inundadas y en bolsas de supermercado guardadas con apuro en el fondo de un placar.